



CARLOTA McALLISTER*

La última palabra

Toda la vida he querido tener “la última palabra”, por lo que me dio mucho gusto que los editores de *Mesoamérica* me ofrecieran la oportunidad de contribuir una especie de dictamen final a este foro. Sin embargo, espero que el título de mi contribución se entienda irónicamente, ya que lo que más claro está en estas páginas es que los académicos nunca tendremos, ni debemos tener, “la última palabra” sobre el/los movimiento(s) maya(s). Uno de los logros del activismo maya en los últimos años ha sido obligar a los académicos no mayas a aceptar la parcialidad, en todo sentido, de sus representaciones de la realidad maya. Esta aceptación entraña consigo una postura de cuestionamiento político y ético hacia la autoridad académica, postura que se refleja en el cada vez mayor reconocimiento a los mayas como productores de conocimientos sobre su propia realidad. Pero esta postura al final sólo desplaza el problema de la parcialidad. Es decir, si siempre hay que tomar en cuenta las representaciones mayas, ¿qué hacer cuando estas representaciones no concuerdan? O, mejor dicho, ¿cómo afirmar que los mayas también pueden presentar versiones parciales de su realidad sin articular esta afirmación en los términos caducos del empirismo académico? Me parece que este foro —al igual que muchos debates recientes en los estudios de Guatemala— gira en torno a esta pregunta.

A primera vista, los comentarios de Carol Smith e Irma Velásquez Nimatuj podrían entenderse como una crítica sencillamente empírica. Notan que los textos se enfocan principalmente en la agencia política de los mayas letrados, residentes en las grandes ciudades guatemaltecas y miembros de la clase media, que trabajan

* Carlota McAllister (canadiense) obtuvo su doctorado en Antropología en la Johns Hopkins University. Actualmente es profesora asistente de Antropología en la York University e investiga sobre la construcción de la agencia moral y política en las guerras civiles centroamericanas. Su dirección de correo electrónico es carlota@yorku.ca.

en el campo de la cultura y para el Estado.¹ Contrastan las características de esta población con las de la gran mayoría de los mayas, quienes hoy como ayer suelen ser pobres, residir en el área rural limitados de acceso a la educación, pasar sus días involucrados no en actividades culturales sino en la agricultura de subsistencia u otras labores físicas arduas y mal remuneradas, mientras ven al Estado como una entidad distante si no enemiga. Las élites culturalistas no son una muestra muy representativa de su pueblo.

Pero en verdad lo que reclaman los comentaristas no es que los autores hagan caso omiso de las diferencias que existen entre la población maya, sino que presten demasiada atención a discursos políticos que hacen caso omiso de ellas. Al representar los movimientos culturalista y racial como la forma de activismo que mejor avanza los intereses de los mayas, argumentan Smith y Velásquez Nimatuj, estos libros naturalizan una versión elitista de la identidad maya y terminan opacando otras luchas mayas más heterogéneas o subalternas. Así, el cuestionamiento de la parcialidad de la agenda del movimiento maya se convierte en un cuestionamiento del juicio político de los tres autores: Smith se manifiesta preocupada por el impacto que pueden tener tales estudios sobre el “resultado” del activismo maya (pág. 114), haciendo eco de Velásquez Nimatuj, quien se pregunta si el enfoque en la cultura “sólo reproduce un tipo de elitismo académico” (pág. 108).

En las respuestas de Grez Grandin, Kay Warren y Diane Nelson detecto cierto tono de queja, como si sintieran que un debate público sobre su juicio político fuera ilegítimo. Por un lado, hay algo de mala fe en esta reacción: los autores tomaron la decisión de escribir sobre esta élite no por casualidad ni por pura curiosidad intelectual, sino —por lo menos en parte— por consideraciones políticas. Le dieron la voz a este grupo de mayas porque pensaban que, de alguna manera, hablaba por los mayas. Por otro lado, sin embargo, uno puede compadecerse con su incomodidad. Se supone que uno le da la voz a otro para cederle el criterio político; la demanda de que los autores justifiquen su selección de voces sacude los fundamentos de este proyecto.

La diversidad de estrategias con las que los autores se defienden de la crítica demuestra lo difícil que es mantener la coherencia de este proyecto cuando las alteridades excluidas por la voz del otro se empiezan a asomar. Grandin se enfrenta directamente al cuestionamiento de su política, pero lo hace recurriendo nuevamente a la autoridad académica. Smith reconoce que Grandin comparte el recelo suyo y de Velásquez Nimatuj hacia los discursos culturalistas, pero en cambio lo acusa de reducir la complicada posición social de la élite k'ichee' quetzalteca a una determinación de clase, y por lo tanto de omitir la importancia de la raza en las luchas del siglo XIX para cambiar las relaciones de poder en el occidente. Grandin

¹ Aquí simplificaré argumentos bastante complejos. Ya el lector juzgará si lo hice en demasía.

reconoce que los mayas definitivamente han participado en muchas luchas políticas a través de la historia, pero nota que sólo en algunas han ocupado un discurso explícitamente racial para definirse como actores políticos. Pasar por alto esta distinción para celebrar una multifacética resistencia, arguye, no ayuda a los mayas. Grandin contrasta la política de CONIC con la de Otilia Lux de Cotí para recordarle a Smith que, a la hora de analizar los movimientos políticos, sus deberes como “antropóloga histórica crítica” deben prevalecer por encima de sus instintos como “académica comprometida” (pág. 132). Grandin está muy dispuesto a aceptar la parcialidad de la agenda política de los quetzaltecos, pero lo hace a costo de la seriedad de esta agenda, tratándola como un mero dato para su propio proyecto.

Warren, en cambio, insiste en la seriedad de las demandas del movimiento maya. En particular, se opone a la tendencia de Smith a confundir las categorías “analfabeta” y “no intelectual”. Esta confusión, según ella, le impide a Smith ver lo que Warren documentó con su trabajo de campo y su etnografía: la abundancia de actividades culturalistas que transcurren en el área rural y por lo tanto la profundidad de las raíces del movimiento maya entre la población maya en general. Remarca las circunstancias en las que nació el movimiento, a finales de una guerra que había puesto a los indígenas politizados en la primera línea de fuego, para sugerir que su verdadera política iba más allá de la que se articuló públicamente. Concluye arguyendo que el movimiento se ha ampliado desde que ella hizo su estudio, abarcando cada vez más sectores y demandas de la población maya. Warren basa la defensa de su política en la autoridad de sus sujetos, pero para hacerlo desatiende las voces de los mayas que siguen sin arrimarse al movimiento.

De los tres autores, Nelson es quien más seriamente se involucra con la relativización del movimiento maya que proponen Smith y sobre todo Velásquez Nimatuj. Su voluntad para reflexionar sobre este tema no debe sorprender: su libro trata de una rigurosa contextualización de los procesos de representación tanto textuales como políticos, al igual que de los procesos propios y los de los activistas a los que representa. Comparando el contexto político actual con las censuras impuestas por la llamada guerra contra el terrorismo, y la coyuntura en la que nació el movimiento maya además de su estudio del movimiento, Nelson es consistente con este proyecto. Pero para defender su método reflexivo, termina casi desconociendo la visión de la “fuerza política de estas identificaciones en gestación” (pág. 138) que produjo, calificando su obra como la historia de un momento muy ajeno al presente (pág. 138). ¿No habrá una manera de seguir abrazando la parcialidad implícita en toda política, textual o práctica, sin repudiar el impulso de hacer política?

No tengo la última palabra sobre esta cuestión, pero a modo de conclusión quiero volver al vacío que remarcaron Smith y Velásquez Nimatuj en los tres libros, donde debe estar lo que Warren llama “el estudio de los pobres del área rural y su identificación con asuntos *populares*” (pág. 140). Yo, entre otros —incluyendo Velásquez Nimatuj y Grandin, este último en su nuevo libro *The Last Colonial*

Massacre—,² he hecho un estudio sobre las identificaciones políticas de un grupo de mayas en el área rural.³ Trabajé en Chupol, una aldea k'ichee' del municipio de Chichicastenango cuyos habitantes participaron masivamente en el Comité de Unidad Campesina y el Ejército Guerrillero de los Pobres, y siguen participando —aunque en números cada vez menores— en muchas de las organizaciones llamadas populares. Este trabajo me lleva a compartir la preocupación de Smith y Velásquez Nimatuj con la poca relevancia que tienen algunos proyectos del movimiento maya para gente como los chupolenses, además de respaldar la advertencia de Warren que habría que cuestionar las pretensiones a la representatividad de todos los grupos que trabajan en el área rural guatemalteca.

Pero lo que más pueden contribuir estudios como el mío a este foro está en la perspectiva que abren sobre la normalidad del problema de la parcialidad. A pesar de que los chupolenses no forman ningún movimiento ni formal ni informal en Chupol —lo que me imagino es común en muchas comunidades mayas con sus historias políticas tan largas y sufridas—, todas las categorías implicadas en cualquier etnografía de identificaciones políticas en Guatemala —como “conciencia”, “organización”, “ideas”, “intereses” y “proyectos”, entre otros— son tema de discusión constante, en un intento de reclamar la autoridad para actuar colectiva y, por lo tanto, políticamente sin repetir las exclusiones muchas veces violentas y hasta fatales del pasado. Es decir, los asuntos debatidos en este foro no son ninguna novedad para los chupolenses. Durante mi estancia en Chupol, frecuentemente me pedían mis opiniones sobre estos asuntos a la vez que nadie las consideraba especialmente definitivas. Tal vez una forma de manejar los dilemas que resultan de la imposibilidad de tener la última palabra, tanto en la vida académica como en la vida real, es tomar tan en serio la invitación a hablar como el impacto siempre parcial de lo que uno dice.

² Greg Grandin, *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War* (Chicago: Chicago University Press, 2004).

³ Carlota McAllister, *The Good Road: Conscience and Consciousness in a Post-Revolutionary Guatemalan Village* (Durham: Duke University Press, de próxima publicación).